

Ahora hablaba con una entonación de actor, haciendo con la cara gestos que divertían á la joven, acostumbrada á las maneras y á las jovialidades de la gran bohemia de los literatos.

Le miraba furtivamente y le encontraba verdaderamente encantador, y experimentaba ese deseo que se siente de comer la fruta al pie del mismo árbol, y que no se come por el razonamiento que aconseja esperar á la comida para comerla á su hora.

Magdalena se había puesto encarnada con los pensamientos que se la ocurrían en aquel momento :

— Mi pequeño discípulo, crea Vd. en mi experiencia, en mi gran experiencia. Los besos en vagón no valen nada. Sólo sirven para alterar el estómago.

Y poniéndose todavía más encarnada, murmuró :

— No se debe jamás segar el trigo sin estar granado.

Duroy reía sin gana, excitado por la doble intención que sentía deslizarse por aquella boca encantadora, y haciendo la señal de la cruz, al tiempo que movía ligeramente los labios como si murmurase una oración, declaró después :

— Acabo de encomendarme á San Antonio, abogado contra las tentaciones. Ahora soy de bronce.

La noche se acercaba dulcemente envolviendo con transparente sombra, cual si fuese un crespón ligero, la dilatada campiña que se extendía á la derecha. El tren marchaba á lo largo del Sena, desenrollado por aquellos sitios como ancha cinta de metal pulimentado al lado de la vía, y los jóvenes se pusieron á contemplar los variados reflejos que formaba el río y que parecían manchas caídas del cielo á las que el sol hubiese frotado al marcharse, tiéndolas de fuego y de púrpura.

Aquellos resplandores se apagaban poco á poco, y se

volvían sombríos, oscureciéndose tristemente; la campiña se ahogaba entre las negruras de la noche con ese estremecimiento siniestro, estremecimiento de muerte, que todos los crepúsculos transmiten á la tierra.

Aquella melancolía de la noche al entrar por la ventana abierta, penetraba en las almas poco antes tan alegres de los dos esposos, que ahora no se decían una palabra.

Ambos habíanse acercado el uno al otro para contemplar la agonía de aquel hermoso y claro día de mayo.

Cuando llegaron á Mantes, el farolero del tren había ya encendido el pequeño quinqué que esparcía sobre el paño gris de los cojines su claridad amarilla y trémula.

Duroy enlazó la cintura de su mujer y la estrechó contra sí. Su deseo agudo de poco antes se convertía en ternura, una ternura amortiguada, como si fuera un blando deseo de menudas caricias, de esas caricias con que se duerme á los niños.

— ¡Oh! murmuró muy bajito, cuánto te voy á amar, mi querida Magdalena.

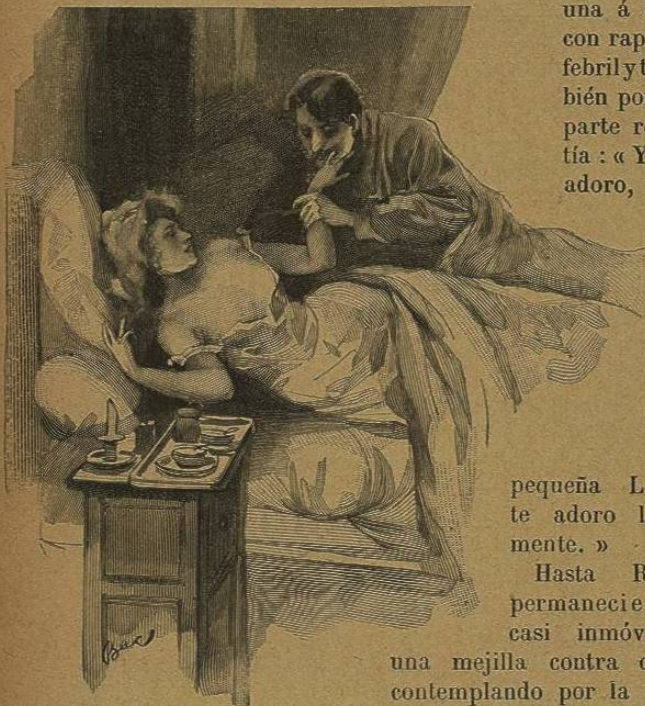
La dulzura de aquella voz conmovió á la joven, que sintió en la carne un rápido estremecimiento y ofreció su boca á Jorge inclinándose hacia él, pues el periodista tenía posada su mejilla sobre el tibio seno de Magdalena Forestier.

Fué un beso prolongado, mudo y profundo al que sucedió luego un sobresalto, un abrazo brusco y frenético, una corta lucha sin aliento, por último una cópula violenta y torpe.

Los dos permanecieron uno en brazos del otro, un poco desfallecidos pero todavía deseosos. El silbido del tren les anunció una estación próxima, y mientras que

ella arreglándose con los dedos los rizos de las sienas repetía: « Es tonto lo que acabamos de hacer; parecemos chiquillos », Duroy la besaba sin cesar las manos,

yendo de una á otra con rapidez febril y también por su parte repetía: « Yo te adoro, mi



pequeña Lena, te adoro locamente. »

Hasta Ruán permanecieron casi inmóviles, una mejilla contra otra, contemplando por la ven-

tanilla la negrura de la noche, y cuando alguna vez veían pasar las luces de las casas, ambos desvariaban contentos de hallarse tan cerca y en espera cada vez más impaciente de abrazarse más libre é íntimamente.

Una vez en la ciudad se hospedaron en un hotel

cuyas ventanas daban sobre el muelle, y después de haber comido un poco, muy poco, se acostaron.

La criada los despertó al día siguiente concluidas de sonar las ocho.

Después que bebieron la taza de té que se les sirvió sobre la mesa de noche, Duroy contempló á su mujer y bruscamente en un transporte de júbilo de hombre dichoso que acaba de encontrar un tesoro, la cogió entre sus brazos balbuceando:

— Mi pequeña Lena, te amo mucho... mucho... mucho...

Ella sonreía con su sonrisa confiada y satisfecha:

— También yo..., puede ser; le respondía devolviéndole sus besos.

Pero Duroy continuaba siempre inquieto de aquella visita á sus padres. Ya había prevenido muchas veces á su mujer, la había preparado, sermoneado.

— Sabes que te lo tengo dicho, son campesinos y campesinos de verdad, no de ópera cómica, volvió á decirla.

Ella reía:

— Sí ya lo sé, me lo has repetido bastante. Vaya levántate y déjame levantarme también.

Jorge saltó de la cama y, poniéndose los calcetines, seguía diciendo:

— Estaremos muy mal en la casa, muy mal. En mi alcoba sólo hay una cama vieja con un jergón, pues en Cantaleu no se sabe lo que son colchones de muelles.

Magdalena parecía embelesada:

— Eso qué importa. Será encantador dormir mal... cerca de... cerca de ti... y despertarse luego con el canto de los gallos.

Habiase ya pasado su peinador, un gran peinador

de flanela blanca que Duroy reconoció inmediatamente. El verla con aquella prenda le desagradó. ¿Por qué? Su mujer poseía, él lo sabía bien, una docena de aquellos vestidos de mañana. No iba á destruir su *trousseau* porque se comprara uno nuevo y sin embargo á Duroy le habría gustado que sus ropas de alcoba, sus ropas de cama, no fuesen las mismas que usaba con el otro. Le parecía que la blanda y tibia tela guardaba alguna cosa todavía del contacto de Forestier.

El periodista se fué hacia el balcón á fumar un cigarrillo.

La vista del puerto y del ancho río lleno de navíos de ligeros palos y de voluminosas embarcaciones que las máquinas de descarga vaciaban sobre los muelles produciendo extraordinario ruido, le llamó la atención por más que aquello lo conocía desde mucho tiempo antes:

— ¡Oh! ¡Qué hermoso es esto! exclamó.

Magdalena corrió hacia donde estaba y posando sus dos manos sobre un hombro de Jorge, é inclinada hacia él en una actitud de abandono, repetía maravillada, llena de admiración:

— ¡Oh! ¡Qué hermoso es esto! Yo no pensaba que hubiese aquí tantos barcos.

Una hora más tarde partieron, pues debían almorzar con los viejos á quienes se había prevenido desde algunos días antes. Subieron á una berlina de alquiler descubierta, deslucida de puro vieja y llena de herrumbre, que al arrastrarse por el feísimo y largo bulevar que tuvieron que recorrer primeramente, iba produciendo un enorme ruido de calderería á cada sacudida que daba sobre el empedrado. Luego atravesaron unas praderas por donde se deslizaba un arroyo y por último comenzaron á subir la cuesta.

Magdalena estaba fatigada y se había adormecido bajo la caricia penetrante del sol que la calentaba deliciosamente en el fondo del vetusto carruaje como si se encontrase en un baño tibio de luz y de aire campestre.

Su marido la despertó:

— Mira esto, la dijo.

Acababan de parar en el segundo tercio de la cuesta, en un sitio renombrado por la hermosa perspectiva que se descubre y al cual se conduce á todos los viajeros.

Se dominaba desde allí el inmenso valle largo y extenso que el Sena recorre desde un extremo á otro, formando grandes ondulaciones. Veíase venir desde lejos, sembrado de numerosas islas y describiendo una curva antes de atravesar Ruán. Luego aparecía la ciudad sobre la orilla derecha un poco ahogada entre las brumas de la mañana, con resplandores de sol sobre los tejados y sus mil campanarios ligeros puntiagudos ó rechonchos, frágiles y trabajados como piezas jigantes de joyería, sus torres cuadradas ó redondas rematadas por coronas heráldicas, sus torres de concejo y sus esquilonos, todo el pueblo gótico, en fin, de los remates de las iglesias, á las que dominaba la aguda flecha de la catedral, sorprendente aguja de bronce, desmesurada y extraña y la más alta que existe en el mundo.

Enfrente, al otro lado del río elevábanse cilíndricas y abultadas en sus remates las delgadas chimeneas de fábricas del extenso barrio de San Severo.

En mayor número que sus hermanos los campanarios, las chimeneas avanzaban hasta la lejana campiña con sus altas columnas de ladrillo y soplaban en el cielo azul su negro aliento de carbón.

Y la más elevada entre todas, y tan alta como la pirámide de Queops, segunda entre las cumbres que el trabajo

humano ha construído, casi igual á su orgullosa comadre de la flecha de la catedral, la gran bomba de fuego de la fábrica *El Rayo* parecía la reina del pueblo trabajador y humeante de las fábricas del mismo modo que su vecina era la reina de la puntiaguda multitud de los monumentos sagrados.

Allá á lo bajo, detrás de la ciudad obrera, extendíase un bosque de abetos, y el Sena que habia pasado ya por entre las dos ciudades, continuaba su curso, bordeaba una gran cuesta ondulosa, cubierta de árboles en lo alto y mostrando por sitios sus huesos de blanca piedra. El río desaparecía por fin en el horizonte no sin describir todavía una larga y redondeada curva.

Veíase á los navíos subir y bajar por el río arrastrados por lanchas de vapor gruesas como moscas, que escupían espesa humareda. Un cierto número de islas ostentábanse sobre el agua alineadas una al extremo de la otra, ó bien dejando entre ellas espacios grandes á manera de verde rosario que tuviese desiguales las cuentas.

El cochero esperaba á que sus viajeros hubiesen concluído de extasiarse, pues por experiencia sabía lo que duraba la admiración de los visitantes según sus diversas razas.

Pero cuando ya se habia puesto en marcha, Duroy distinguió de pronto, á unos cuantos cientos de metros, dos viejos, que venían al encuentro :

— Helos aquí, gritó dando un salto desde el carruaje. Los reconozco.

Eran dos campesinos, un hombre y una mujer, y caminaban con paso irregular, balanceándose y tropezándose á veces en el hombro.

Él era bajito y regordete, encarnado y algo tripudo,

vigoroso á pesar de sus años; la mujer era alta y seca y marchaba encorvada y triste, la verdadera mujer de trabajo en las campiñas, que ha trabajado desde niña y que jamás ha reído, en tanto que el marido bromeaba al beber con los parroquianos.

También Magdalena se habia bajado del coche, y con opresión en el alma, con una tristeza que no habia previsto contemplaba cómo aquellas pobres gentes venían al encuentro de su hijo, al cual no reconocieron en aquel señor guapo y elegante, como tampoco habrían adivinado á su nuera en aquella hermosa señora vestida de claro.

Los dos viejos andaban de prisa y sin hablarse, al encuentro del hijo esperado, y no fijaron siquiera la vista en aquellas personas de la ciudad á las que un coche seguía á corta distancia.

Ya pasaban y Jorge, que reía con gana de la ocurrencia, gritó en el mismo acento y con la incorrección propia de la gente del campo :

— Buenos días, señor Duroy.

Los dos viejos se pararon en redondo, primero se quedaron estupefactos y la sorpresa les dejó luego como atontados. Ella fué la primera que se repuso :

— Es él, nuestro hijo.

— En efecto soy yo, madre Duroy, respondió el joven y adelantándose hacia ella la besó en las dos mejillas con un beso cariñoso de hijo; luego se acercó á su padre y posó sus sienes contra las del viejo que se habia quitado la gorra, una gorra á la moda de Ruán, de seda negra muy alta y parecida á la de los tratantes en bueyes.

Jorge hizo la presentación de su mujer. Y los dos campesinos miraron á Magdalena, contemplándola

como se contempla un fenómeno, con un temor inquieto, unido á una especie de aprobación satisfecha, en el padre, pero de enemistad celosa en la madre.

El hombre que era de natural alegre y que además aquel día había ya celebrado la llegada del hijo con



algunos vasos de sidra, se enardeció y preguntó con su poquito de malicia en los lagrimales :

— ¡Nosotros podemos besarla, yo creo!

— No faltaba más, respondió el hijo.

Y Magdalena, aunque no muy contenta, presentó sus dos mejillas á los besucones sonoros del campesino, el

cual se enjugó en seguida los labios con el revés de la mano.

La vieja á su vez besó á su nuera, pero con una reserva hostil. No, aquella no era la nuera de sus sueños, la ricacha de aldea gruesa y frescota, encarnada como una manzana y redonda como una yegua normanda. Aquella señora tenía para la vieja el aire de una arrasada, con todos sus adornos y con su olor de almizcle, pues para ella todos los perfumes no eran otra cosa que almizcle.

Todos se pusieron en marcha detrás del coche, que llevaba la maleta de los nuevos esposos.

El viejo tomó á su hijo por el brazo y, reteniéndole un poco hacia atrás, preguntó con interés :

— Y bien ¿los negocios marchan?

— Muy bien, no hay queja.

— Bueno, basta, tanto mejor. Dime ¿y tu mujer es persona acomodada?

— Cuarenta mil francos, respondió Jorge.

El padre hizo con los labios un movimiento que expresaba su admiración y no pudo decir otra cosa que « ¡Caramba! » tan emocionado quedó por aquella suma. Luego, como el hombre que tiene una convicción seria agregó :

— ¡Sabes que es hermosa mujer!

Porque lo que es él la encontraba de su gusto y había pasado por conocedor en su tiempo.

Magdalena y la madre iban delante al lado una de otra sin decir una palabra. Los dos hombres se unieron á ellas.

Llegaban á la aldea, una pequeña aldea al borde de la carretera y formada de diez casas á cada lado, casas de burgo y masías, unas hechas de ladrillo, las otras de

arcilla, aquéllas cubiertas de rastrojo, éstas de pizarra. La taberna del tío Duroy: « Taberna de la Buena Vista », consistía en una casucha compuesta de planta baja y de granero y se encontraba á la entrada del paisaje, á la izquierda. Una rama de pino colgada á la puerta indicaba, según la antigua moda, que las personas cansadas podían descansar allí. El servicio para el almuerzo estaba en la sala del pequeño café donde habían sido colocadas dos mesas juntas y cubiertas por dos servilletas.

Una vecina que había ido á la casa para ayudar en el servicio, saludó con una gran reverencia al ver aparecer una tan hermosa dama, y al reconocer luego á Jorge exclamó :

— ¡Señor! ¡Jesús! ¿pero es él, Jorgito?

— Sí, yo soy, tía Brulin, respondió Duroy alegremente.

Y la besó inmediatamente lo mismo que había besado al padre y á la madre.

Luego se volvió hacia su mujer :

— Ven á nuestra habitación, dijo, y allí te quitarás tu sombrero.

Y la hizo entrar por la puerta de la derecha en una pieza fría, enladrillada, blanquísima, con las paredes enjalbegadas con cal.

La cama estaba adornada por cortinas de algodón y como únicos adornos de aquella pieza limpia y desconsoladora veíanse un crucifijo encima de una pillita de agua bendita y dos grandes estampas en colores, una de las cuales representaba á Pablo y Virginia bajo una palmera azul y la otra á Napoleón I sobre un caballo amarillo.

Así que estuvieron solos, Duroy besó á Magdalena :

— Buenos días, Lena. Qué contento estoy de ver á mis viejos. Cuando se está en París no se piensa en ellos, pero, sin embargo, ya que se ha venido siente uno placer de haberlos visto.

Pero el padre gritaba golpeando en el tabique con el puño :

— Vamos, vamos, la sopa está lista.

Fué necesario ponerse en seguida á la mesa.

El almuerzo fué un largo almuerzo de labradores, con una serie de platos mal combinados, un embuchado de tripas de cerdo después de una pierna de carnero, y una tortilla á continuación del embuchado.

El viejo Duroy, completamente alegre por la sidra y algunos vasos de vino, soltaba el grifo de las bromas que tenía reservadas para los grandes días, historias verdes é inconvenientes que les habían ocurrido á amigos suyos, afirmaba él. Jorge las conocía todas y reía, no obstante, embriagado por el aire natal, embargado de nuevo por el amor innato del país y los sitios familiares de su infancia, por todos los recuerdos, por todas las sensaciones y todas las cosas vistas otras veces, nimiedades, si se quiere, una marca hecha en una puerta con el cuchillo, una silla coja que le recordaba algún hecho menudo, el olor del suelo, el gran soplo que le llegaba de resina y de árboles del bosque vecino, los olores de su antigua casa, de los albañales, del corral.

La madre Duroy no hablaba nada, triste siempre y severa, expiando á su nuera con el rabillo del ojo, con un odio que se despertaba en su corazón, odio de vieja rústica y trabajadora contra aquella mujer de ciudad que le inspiraba repulsión de maldita, de réproba, de impuro ser nacido para el ocio y el pecado, ¡ella que

tenía gastados los dedos y deformados los miembros por los trabajos duros y penosos de la vida de campo! Á cada momento se levantaba para ir á buscar los platos, para echar en los vasos, ya la bebida amarilla y agria del porrón, ya la rojiza, espumosa y azucarada sidra de las botellas cuyos tapones saltaban lo mismo que los de las limonadas gaseosas.

Magdalena apenas si comía ni hablaba, su semblante presentaba la ordinaria sonrisa de siempre, sólo que detenida en los labios, triste, resignada. Estaba como desencantada, decaída. ¿Pero por qué? ¿No era ella quien había querido ir? No ignoraba que iba á una casa de labradores, de pequeños labradores. ¿Cómo se los había entonces figurado, ella que no tenía costumbre de soñar? ¿Es que las mujeres no esperan siempre otra cosa distinta de lo que es? ¿Tal vez los había visto de lejos más poéticos? No, pero sí tal vez más literarios, más nobles, más afectuosos y decorativos. Sin embargo, ella no los deseaba distinguidos como los campesinos de las novelas. ¿De dónde, pues, provenía el que la chocasen por mil cosas menudas, invisibles, por mil groserías intangibles, por su naturaleza misma de palurdos, por lo que decían, por sus maneras, por sus alegrías?

Ella se acordaba entonces de su madre, de la cual jamás hablaba á nadie, una institutriz seducida, educada en San Dionisio y muerta de miseria y de pesar cuando Magdalena tenía doce años. Un desconocido había hecho educar á la niña. ¿Su padre, sin duda? ¿Quién era? Jamás lo supo por más que tuviese alguna vez vagas sospechas.

El almuerzo no concluía nunca. En aquel momento entraron parroquianos que estrechaban la mano al

viejo Duroy, se sorprendían al ver al hijo y, mirando á la mujer furtivamente, se guiñaban el ojo con malicia como diciendo: « ¡Voto al chápiro! no está comida de los gusanos la esposa de Jorge Duroy. »

Otros menos íntimos se sentaban delante de las mesas de madera y gritaban:

« ¡Un litro! — ¡Un jarro de cerveza! — ¡Dos cognacs! — ¡Un raspail! » Y se ponían á jugar al dominó golpeando con fuerza sobre la mesa con las fichas de hueso blancas y negras.

La madre de Duroy no cesaba de ir y venir sirviendo á los parroquianos con su aire siempre triste, recibiendo el dinero, enjugando las mesas con el extremo de su delantal azul.

El humo producido por las pipas de barro y por los cigarrillos llenaba la estancia. Magdalena se puso á toser y le dijo á Jorge:

— ¡Si saliéramos un poco! yo no puedo más.

Todavía no había concluido el almuerzo y aquello le disgustaba al viejo Duroy. Magdalena se levantó entonces y fué á sentarse en una silla á la puerta, sobre la carretera, esperando que su suegro y su marido hubiesen terminado su café y sus copas.

Jorge se unió á ella en seguida:

— ¿Quieres bajar hasta el río?

— ¡Oh! sí, vamos, respondió ella aceptando con alegría.

Bajaron, pues, la montaña, alquilaron un bote en Croisset y pasaron el resto de la tarde á la orilla de una isla, bajo los sauces, uno y otro soñolientos en aquel suave calor de primavera y mecidos por las leves ondas del río.

Cuando comenzaba á ser de noche volvieron á subir

la montaña y entraron en la casa donde les esperaba ya la comida de la noche, servida á la luz de un candil. Todavía fué más penosa para Magdalena que el almuerzo. El padre de Jorge tenía una media borrachera y no hablaba nada, la madre conservaba siempre su semblante acerbo y áspero.

La débil luz que alumbraba la estancia arrojaba sobre las paredes grises las sombras de las cabezas, las narices resultaban enormes, los movimientos desmesurados. Alguna vez se veía una mano de gigante levantar un tenedor parecido á una horca é introducirle en una boca que se abría como las fauces de un monstruo, cuando cualquiera de los que comían presentaba su perfil á la llama amarilla y temblona.

En seguida que terminó la comida, Magdalena arrastró á su marido para afuera á fin de librarse de aquella sombría habitación en donde flotaba siempre un olor acre á viejas pipas y á bebidas derramadas.

Una vez que estuvieron fuera la dijo Jorge :  
— Estás ya fastidiada.

Su mujer quiso negarlo pero él la interrumpió :

— Es inútil, lo he advertido. Si quieres mañana partimos.

— Bueno, sí que quiero.

Y echaron á andar despacito caminando abstraídos por entre aquella noche tibia cuya sombra amorosa y profunda parecía preñada de pequeños ruidos, de ligeros rozamientos, de soplos. Habían entrado en una estrecha alameda y marchaban bajo árboles más altos, entre dos sotos de un negro impenetrable.

— ¿Dónde estamos? preguntó Magdalena.

— En el bosque, respondió Duroy.

— ¿Y es muy grande?

— Muy grande, uno de los más extensos de Francia.

Un olor de tierra, de árboles, de musgo, ese perfume fresco y viejo de los bosques espesos formado por la savia de los brotes y de la hierba muerta y enmohecida de las malezas parecía dormir en aquella alameda. Cuando Magdalena levantaba la cabeza divisaba las estrellas por entre las copas de los árboles y por más que ni la más ligera brisa removiese las ramas, ella sentía á su alrededor la vaga palpitación de aquel océano de hojas. De su alma se apoderó entonces un estremecimiento singular que circuló luego por todo su cuerpo y una confusa angustia la oprimió el corazón. ¿Cuál podía ser la causa? No acertaba á explicársela, pero la parecía que estaba perdida, rodeada de peligros, abandonada de todos, sola, sola en el mundo bajo aquella bóveda celeste que se estremecía en lo alto.

— Tengo miedo, murmuró. Quisiera que volviéramos.

— Bueno, vámonos.

— ¿Y... mañana mismo nos volveremos á París?

— Sí, mañana.

— ¿Por la mañana?

— Por la mañana si tú quieres.

Cuando entraron en la casa, los viejos estaban acostados. Magdalena durmió mal, despertándose incesantemente con todos los ruidos, para ella desconocidos, de la campiña, con el lúgubre grito de las lechuzas, el gruñido de un cerdo encerrado cerca de allí en una barraca ó el cacareo de los gallos que desde media noche empezaron á cantar.

Á los primeros resplandores de la aurora se levantó ya dispuesta á partir.

Los padres de Jorge al anunciarles éste que se vol-



vían á París, se quedaron ambos sorprendidos si bien al momento comprendieron de dónde venía aquella determinación.

— ¿Pero á ti te veremos pronto, eh? preguntó el padre sencillamente.

— Seguramente, para el verano.

— Entonces está bien.

La vieja refunfuñó :

— Dios haga que nunca tengas que sentir lo que has hecho.

Jorge los dejó doscientos francos como regalo para calmar su descontento.

Un muchacho había ido á buscar el coche, que se presentó hacia las diez, y los nuevos esposos partieron después de besar á los viejos campesinos.

Cuando bajaban la cuesta Jorge reía que se las pelaba.

— Ahí lo tienes, te lo había prevenido. No habría debido consentir en hacerte conocer á Monsieur y Madame du Roy de Cantel padres.

También Magdalena se echó á reir y replicó :

— Pues estoy encantada. Son unas buenas gentes á las que comienzo á querer mucho y les enviaré algunas frioleras de París.

Luego murmuró :

— « Du Roy de Cantel »... Ya verás como nadie se extraña de nuestras esquelas de participación de enlace. Diremos que hemos pasado ocho días en las posesiones de tus padres.

Y acercándose á él rozó con un beso el bigote del joven :

— Buenos días, Jorge.

— Buenos días, Lena, respondió él pasándola una mano por detrás de la cintura.

Á lo lejos en el fondo del valle se descubría el Sena, desliado como una banda de plata bajo el sol de aquella mañana encantadora, las chimeneas de las fábricas que enviaban al cielo sus negras nubes de carbón y los campanarios puntiagudos se erguían sobre la vieja ciudad goda.

